

Cuanto á la Filosofía natural ó Metafísica de la naturaleza, erraría ciertamente el que le negase el carácter de ciencia por no estar al alcance del físico como tal. "La Metafísica, gritan los empiristas, es un problema para los hombres, una ciencia para inteligencias sobrehumanas." Pero nosotros, reformando esa frase, debemos decir: "La Metafísica es un problema para el físico, y una ciencia para el filósofo."



CAPÍTULO II

La existencia de la filosofía natural, puesta en duda por algunos filósofos.

§. 1

Concepto del empirismo filosófico.

35. La especie de corriente empirista de que hemos hablado, cuenta [sus adeptos, no solamente entre físicos, naturalistas, etc., sino también en el recinto del pensamiento puro, allí donde el espíritu más grave y solemne del siglo tiene en estado de incubación vastos sistemas que abrazan al universo mundo: en la Filosofía.

[Filosofía! Al ser proferida esta palabra, un sentimiento de disgusto y menosprecio se deja entrever en muchos. Una de las cosas en que nuestro siglo hasta hace poco se declaró en contradicción con el siglo anterior, es en la ninguna estima que hace de la filosofía. Cien años ha, no había hombre alguno docto que no quisiera ser filósofo, y que no buscase con ansia cualquiera capítulo en que se filosofara; pero después se ha sentido, y hoy particularmente se siente, verdadero pavor en presencia de todo lo que se llama *filosofía*. En nuestros días no se intenta ya en nombre de la *filosofía* labrar la dicha de la humanidad, ni se miran las revoluciones que cambian la faz de los pueblos, como triunfos de la filosofía: ambas cosas pertenecen á la historia del pasado siglo; pero en cambio, continúa siendo el mejor termómetro de las corrientes de la época, y como dice el más celebrado de los filósofos de hoy día (Hartman), á cuyas palabras subscribimos, "la Filosofía, como el último tema de las ideas que contiene un período de cultura, representa fidelísimamente el horizonte intelectual de una división del tiempo, dentro de un cuadro sucinto y manual." La Filosofía es la ciencia que hace ciencias á las demás, comunicándoles su propio aliento;

es la Filosofía la aguja que marca las horas en el reloj del desenvolvimiento del género humano; y es también la que señala la dirección que debe darse á la cultura de los pueblos. El que desee conocer alguna época, que averigüe cual fué su filosofía.

Teniendo tal concepto de la filosofía, vamos á convertir ahora la mirada con particular interés "á los filósofos," para ver el modo cómo el empirismo, que desespera de la Metafísica, se parece cubierto con el manto de la filosofía, y qué papel se atribuye.

Nuestro siglo vió levantarse filosofías á centenares, como los murciélagos durante la noche, cada una de las cuales se vendía naturalmente por la única verdadera, por la *filosofía del porvenir*. Pero ninguna de ellas aspiró á este título con tantas pretensiones como la empírica. Veamos, ante todo, en qué consiste esta filosofía; examinémosla en el punto relativo á su importancia científica, y veamos finalmente lo que en conclusión pone ella delante de los ojos.

36. La filosofía del porvenir no se presenta sólo como cualquier teoría enteramente inofensiva, sino además con un aire extraordinariamente modesto. Cuáles sean sus pretensiones, ya lo hemos podido colegir de lo dicho en el capítulo anterior. Allí vimos que según el empirismo, no debemos pasar con el discurso más allá de los objetos que podemos aprehender por medio de los sentidos, á que pertenece el reino de la observación y de la experiencia sensible. La filosofía de que ahora tratamos, se esfuerza á hacer de ese tan modesto conocimiento, nada menos que una doctrina completa acerca del mundo y de la vida humana. La filosofía debe renunciar á *todo* conocimiento metafísico, y reconocer en los objetos sensibles las únicas cosas accesibles al conocimiento humano; debe pasar á la categoría de ciencia de la naturaleza, ó subordinarse por lo menos á ella. Todo su oficio se reduce á enseñarnos el modo cómo, según las leyes de la naturaleza, conocidas por medio de la observación, tal fenómeno sigue constantemente á tal otro. Todo procede aquí, dice irónicamente Schopenhauer, de un modo completamente "natural," y por esta razón es claro é inteligible, tanto que al mundo así "explicado," se le podría aplicar una frase que desde lo alto de su cátedra solía proferir Fichte con profunda gravedad, con aire imponente y semblante aterrador: "Esto es, porque es; y esto es como es, porque es así. (*Es ist, weil es ist; und es ist wie es ist, weil es so ist.*)". Mirada así la cosa, parece desde luego simple capricho é ilusión querer buscar á un mundo que con tal claridad se ofrece, explicaciones fundadas en una Metafísica imaginaria, en que á su vez se funda una Moral que precisamente por no estribar en la física, se apoyaba tan sólo en "ficciones metafísicas."

Debe pues contentarse la Filosofía en todas sus partes con ser filosofía fenomenal. La filosofía natural, como doctrina que comprende los principios del conocimiento de la naturaleza, puede servir de introducción en cada uno de los ramos especiales de la ciencia natural; la Psicología, con las funciones del cerebro, pertenece á la jurisdicción del fisiólogo; la religión y la teología, corren por cuenta del psicólogo; la Estética, la Ética y el Derecho y demás estudios similares, deben ser tratados históricamente nada más; la Lógica, según las normas de Epicuro, debe cifrar su valor en ordenar las observaciones sensibles, ó encomendarse á la Gramática, que considera las lenguas como simples hechos.

La filosofía empírica lleva nombres diferentes. Llámase, no raras veces, *positivismo*, ó también *realismo neo-filosófico*. Por razón de la fuente de donde deriva los únicos conocimientos que reputa por científicos, toma el nombre de *sensualismo*. Más frecuentemente aún—por lo menos en Alemania—se ostenta con el nombre de *filosofía de la experiencia*, nombre por cierto ocasionado á equivocaciones. Si con él se quiere dar á entender, que el empirismo es la filosofía que tiene á la experiencia por *punto de partida* absolutamente necesario de la ciencia, la denominación es falsa, porque esa consideración pertenece asimismo á la filosofía peripatética, tan altamente estimada en los pasados siglos, la cual enseña, sin embargo, que el entendimiento humano penetra más profundamente y se extiende á más amplias esferas que la experiencia de los sentidos. Ahora, si con dichas palabras se quiere decir, que el sabio pensador debe estar dentro de aquel dominio á donde le puede seguir la experiencia directa; que sólo puede asentar hechos pertenecientes al mundo de la experiencia sensible, interna ó externa, y que debe por esta razón prescindir de toda otra cuestión de más alcance, el nombre de filosofía de la experiencia no deja en tal caso de significar este objeto. Esta filosofía no es fundamentalmente deísta, ni atéista, ni panteísta, ni materialista, ni cosa semejante: en toda cuestión que sobrepuja á la realidad sensible, corta ella implacablemente por lo sano; contenta con lo meramente sensible, deja estar á lo suprasensible. Con toda nuestra alma nos hemos de lanzar al mundo de los fenómenos que perciben los sentidos. Lo que haya detrás del fenómeno, ni hemos de tenerlo, con los materialistas, por átomos en movimiento, ni con los panteístas, por Dios, ni con los kantianos por una creación de nuestro espíritu, sino, simplemente por cosa impertinente. Un pequeño Aristófanes ha cantado recientemente muy bien esta ingeniosísima teoría:

"Desde que el viejo Sócrates exclamó diciendo: "¡Qué ciencia tan pobre es la mía!, no hay ningún mozo calavera que no repita

estropajosamente eso mismo; en eso ha parado la ciencia. La ignorancia se halla así muy bien consigo misma, y se torna luego en sistema. Así, el que hoy quiera ser sabio, no tiene sino decir: *Ignorabimus.*»

¿Cómo ha podido entrar en el ánimo de muchos que se llaman "filósofos, semejante concepto? Sólo puede explicarse por la esterilidad de los ensayos ó conatos filosóficos que hemos venido presenciando. Los modernos pensadores quisieron una filosofía enteramente *nueva* para nuestros días, una filosofía que hiciera fortuna; y con esta idea nos presentaron su "Filosofía de la experiencia... ¡Singular don por cierto! Viendo á tantos como, por ir harto de prisa, tropezaron y cayeron, han dado á la humanidad el consejo de coserse con la tierra: de esta suerte no hay miedo de tropezar ni de caer. Tan cautos han sido, que para impedir al águila que vuele, le han negado las alas: así es de esperar, que quien antes fué animal presumido, sea en lo sucesivo un caballo muy útil, que anda por la llanura sin salirse de su paso. Son tan modestos, que reducen la filosofía al papel de ordenadora en los dominios de la experiencia, y de los filósofos hacen secretarios de los empíricos; de esta suerte se colocan en un punto de vista donde se ven sostenidos por el espíritu de un siglo en que tanto valen la física y la química.

Lo que los empíricos pretenden, pues, de la filosofía, es un verdadero suicidio. Hasta ahora la filosofía había considerado como de su propia vida y esencia, investigar y conocer las cosas en sus últimas razones, ó sea *comenzar* ciertamente por observaciones empíricas, pero luego después entrar en el fondo de las cosas, dejando á los empíricos que recorran la extensión de la superficie. Este fué su tema *esencial* mientras tuvo por tarea preliminar y como paralela el cuidado de registrar los hechos y fenómenos empíricos. De la experiencia y de las ciencias de observación recibió ella la materia, ordenándola convenientemente, y estableció la base en que se había de levantar el majestuoso edificio. Mas ahora debe desistir la filosofía de remontarse á las alturas, reconociendo por suprema ciencia el conocimiento de la naturaleza; y contentándose con labores terrenas, debe poner en la conciencia por fundamento, que el admirable edificio levantado por todos los grandes pensadores y contemplado por la humanidad civilizada, es una químera imposible, un contrasentido. ¡Al águila le está vedado desplegar sus fuerzas voladoras entre los esplendores de la luz solar: no tiene otro remedio que ir al paso, como el escarabajo, á poner la bolita de los empíricos en sitio y lugar conveniente! ¿Y es esto Filosofía?

§. II

Ojeada histórica

37. Daríamos ciertamente en funesta ilusión si creyéramos que el foco de esta filosofía se halla únicamente en Alemania; pues tal ciencia es propiamente *internacional*, en todo el mal sentido de esta palabra; radica en el fondo mismo de la moderna cultura occidental. Cuando allá desde el siglo xv, extendió tanto el renacimiento los horizontes de la historia, y descubrimientos importantes fomentaron el espíritu investigador de los sabios en cosas del orden físico, intereses terrenos de diversa índole introdujeron el espíritu de rebelión contra la autoridad de la Iglesia encargada de proteger los bienes suprasensibles. Todo se juntó para impulsar á la humanidad, como á caballo sin freno, hacia las cosas materiales. Esta funesta dirección, puesta de moda, halló su programa científico en la Filosofía de la experiencia.

El hombre que en momento oportuno sacó á luz la fórmula acomodada á aquella fermentación mundanal, fué el inglés FRANCISCO BACON DE BERULAMIO, hombre á su vez de mundo en el sentido más antipático (*ecligstem*) de la palabra. Suyo es el honor de ser comúnmente reputado por el fundador de la Filosofía de la experiencia¹.

Bajo el punto de vista de BACON, el fin supremo y único de la ciencia es proporcionar al hombre el dominio y señorío sobre las cosas naturales. Conocer la naturaleza; he aquí todo el oficio de la ciencia. Según esto, *post physicam inventam metaphisica nulla est. Ea vera est phylosophia*, dice Bacon. *quæ mundi ipsius voces fidelissime reddat et veluti dictante mundo conscripta est, et nihil aliud est, quam ejusdem simulacrum et reflectio, neque addit quidquam de proprio, sed tantum illerit et resonat*². No es á sus ojos otra cosa la verdad sino la hija del tiempo; por esto buscaba él la verdadera filosofía en la inteligencia y comprensión de su propia época, y en la devoción á la vida del mundo. El *bien moral* es lo que á todos aprovecha, y el *derecho*, por consiguiente, aque-

¹ El tal honor le fué negado por algunos, singularmente por JUSTO LIEBIG, aunque luego se lo atribuye en la obra: *Francisco Bacon y sus sucesores*. Véase la *Historia de la Filosofía de la experiencia*, por KUNO FICHTE, en la que por cierto se ve con sorpresa emprendida la inconcebible tarea de lavar la cara al negro carácter de BACON, para tornarlo blanco.

² De *augment. scienti.* l. 2, c. XIII.

llo que únicamente conviene en la comunicación de los hombres entre sí en el seno de la sociedad. Todas las tendencias y actos de la vida estrictan, según BACON, en las cosas sensibles, y á ellas se dirigen. Más allá fué todavía en esta misma línea el célebre HOBES, cuyo materialismo no es fundamentalmente distinto del de BACON. Los que como él miran á las ciencias naturales como fundamento de toda ciencia, por fuerza tienen que mirar á la naturaleza como el último fundamento de donde proceden todos los fenómenos. JUAN LOCKE se ocupó principalmente de las fuentes del conocimiento de la filosofía de Bacon, y de aquí que en él se mostrara el *sensualismo*. En más extensos ensayos sobre la naturaleza de la experiencia sensible se desarrolló el *idealismo* de JORGE BERKELEY y el *materialismo* francés; dos escuelas diametralmente opuestas entre sí, aunque fieles ambas á la filosofía de la experiencia. Este último llegó finalmente á confesar, que le era imposible presentar acerca de la experiencia ninguna explicación científica. Así nos encontramos con el *excepticismo* de DAVID HUME.

35. En este nuestro siglo la misma filosofía recibió en Francia el mayor impulso de *Vilustre fondateur de la sociologie*, AUGUSTO COMTE, gran maestro del *socialismo*. AUGUSTO COMTE es al mismo tiempo el fundador del *libre pensamiento liberal* que domina en los círculos científicos de Francia, Bélgica, Inglaterra y América del Norte.

COMTE, que por razón de los espantosos y frecuentes extravíos de su entendimiento y de sus costumbres debió de ser tenido por un alma enferma, se impuso á sí mismo como idea fija el deseo de ser apellidado el regenerador de la humanidad. El término y remate de su doctrina es la religión de la humanidad. "Este nuevo dogma nos revela un nuevo, grande y supremo sér: la *humanidad*. La humanidad es HOMERO, es ARISTÓTELES, es CONG-FU-TSE, es MAHOMA, es PABLO apóstol, es el Papa HILDEBRANDO, es el Obispo BOSSET, etc. El culto de la humanidad ha de tributarse á todos los que verdaderamente la han servido, lo mismo hombres que mujeres, sin exceptuar á los animales, que le han prestado auxilio en la obra del progreso social."

COMTE divide en *tres épocas* la historia universal. En la primera está la sociedad humana bajo el dominio de seres tenidos por sobrenaturales, viéndose en esto cierta especie de fuerza civilizadora. A esta primera época, llamada *teológica*, sucedió la época *metafísica*. En esta otra lo sobrenatural es suplantado por vanas abstracciones. La tercera época, que ahora debe surgir, es la *positivista*, que se ocupa en la observación y apreciación de los hechos, y que busca su reposo y contento en la resolución de puntos ó cuestiones reales. Esta es la época que cuadra con la

condición y naturaleza del hombre; porque el destino del hombre consiste únicamente en conocer las fuerzas y leyes de los fenómenos, y servirse de ellos para su comodidad y placer sensible. No hay ley moral ninguna, ni libertad de albedrío; esta última es una quimera, una pretensión orgullosa y vana del hombre. LITTRÉ celebra esta filosofía, considerándola como la propia forma del socialismo. COMTE puso término á sus lecciones sobre la historia universal de la humanidad en el *Palais Royal*, á 19 de Octubre de 1851, con las siguientes palabras: "En nombre de lo pasado y de lo porvenir, los esclavos teóricos y prácticos de la humanidad pretenden ahora en debida forma la dirección universal de las cosas humanas para constituir la verdadera providencia en las esferas morales, intelectuales y materiales, la cual excluye incontrastablemente de la supremacía política á los esclavos de Dios, de cualquiera especie que sean, católicos, protestantes, deístas, como á gente retrógrada y enemiga de la paz." Donde se ve —harto claramente lo confirmó la *Commune* de París— que la filosofía no es cosa pura y simplemente teórica ¹.

La de Comte puede resumirse en las proposiciones siguientes: "La filosofía es el estudio de las fuerzas inherentes á la materia, y de las leyes ó condiciones á que están sujetas estas fuerzas." "El carácter fundamental de la filosofía positiva es considerar todos los fenómenos sujetos á leyes invariables de la naturaleza, toda vez que la investigación de las llamadas causas es inaccesible á nuestras fuerzas y por lo tanto absurda."

He aquí la misma doctrina, según el catecismo positivista publicado pocos años hace: PREGUNTA: *¿Qué es lo que distingue á la concepción positiva del mundo de las diversas concepciones teológicas y metafísicas?*—RESPUESTA: *La carencia de soluciones en orden á las causas primeras y finales; porque la concepción positivista dice lo que es, ó sea el cómo de las cosas según que se prueba y compulsa, mas no dice el POR QUÉ, que nadie es capaz de comprobar.*—P. *¿Qué es lo que sabemos del origen del mundo?*—R. *Nada. Ignoramos absolutamente cuándo ha comenzado á existir el universo, y cuándo acabará; si ha tenido principio, y*

¹ Los principios fundamentales del sistema se hallan en el *Cours de philosophie positive*, publicado en los años de 1830 á 1842; la segunda edición, con un prefacio de EMILIO LITTRÉ, es de 1864, París. COMTE llamó *positivismo* á su sistema, porque lo consideraba como expresión fiel y única de la realidad. LITTRÉ (quien por otra parte recibió antes de morir las aguas del bautismo, abriendo sus ojos á la luz de la doctrina cristiana acerca de la vida) puso científicamente el sistema á la altura de un odio furioso contra Dios. No obstante su carácter estrafalario y su pronunciado egotismo, COMTE logró hacerse dueño de hombres de talento como STUART MILL, LEWES, LAURENT, TAINÉ, SAINTE BEUVE, RENAN, VACHEROT, SCHERER, LITTRÉ, etc. Este último refiere que COMTE hubo de descompadrar con Mill y aun con su mujer, porque en cierta ocasión tuvieron la osadía de oponerle una leve dificultad.

si tendrá fin; todo lo que sobre esto podemos pensar, es hipotético e imaginario, pues nunca podremos comprobarlo. (Doctrina de la realidad: catecismo para el uso de las personas que no se contentan con palabras, cap. VIII y IX, por Próspero Richard, con un prefacio de M. Littré, 1873.)

Del lado allá del Canal, la joven Inglaterra proclamó, haciéndose propia, la filosofía de la experiencia.

Esta misma filosofía fué antes engendrada en la misma Inglaterra por LOCKE. JEREMÍAS BENTHAM y JACOBO MILL pertenecen á esta escuela. Hijo de éste, el agudo JUAN STUARDO MILL, merece ser mencionado en primera línea. Benthamista de joven y cofundador del utilitarismo, declaróse más tarde discípulo de Comte, cuyas doctrinas siguió hasta los últimos días de su vida, en que se hizo maniqueo, abandonando los principios fundamentales del positivismo.

En el mismo pensamiento positivista estriba el *secularismo*, que se divide con el positivismo el dominio de la joven Inglaterra. La teoría secularista debe su origen á JORGE JAMES HOLYOAKE, que allá por los años de 1846 fundó una sociedad para "las clases pensadoras y trabajadoras.. Los discípulos de este maestro se contentan con el mundo de los fenómenos; no se cuidan sino de lo de acá bajo, porque sólo esto cae debajo de la experiencia. Todo lo que no podemos observar, es incierto. Así lo que nos ha precedido como lo porvenir, deben ser considerados como dos telones sombríos y absolutamente impenetrables de la vida humana, los cuales jamás serán levantados, ni una parte de ellos siquiera, por mano de ningún viviente. Profundo silencio reina detrás de los telones; ninguno que esté detrás de ellos dará jamás respuesta á las preguntas que hagan los que están delante morando sobre la tierra; todo lo que tú oyes, por ventura, no es sino el eco vano de tus preguntas, algo semejante á lo que oírías si hubieras gritado en el fondo de un abismo. No quieren estos tales ser llamados ateos, pues dicen que no se puede saber si hay ó no hay Dios, por lo cual es preciso reducir todo nuestro cuidado á procurar los medios conducentes á la felicidad temporal de la humanidad (*to work for the welfare of men in this world*). De aquí también el nombre de "*secularismo*.. "Amor á lo que merece ser amado, es nuestro único culto; el estudio nuestra única gloria; sumisión á lo que no se puede evitar, toda nuestra moral; trabajo y sólo trabajo nuestra sola religión.."

Del filósofo inglés *Heriberto Spencer*, tan renombrado en estos últimos tiempos, una sola palabra basta para que se forme de él recta idea. En sus obras sobre la filosofía y sus relaciones con las demás ciencias, que comenzaron á parecer el año de 1860, se

declara también por el positivismo. La filosofía debe ocuparse únicamente en la clasificación universalísima de los fenómenos. SPENCER espera que el positivismo ponga término al conflicto entre la religión y la ciencia, dejando á la religión el imperio de lo "desconocido, y á la ciencia el de la experiencia, donde está solamente "aquello que se puede conocer.."

A esta idea rinde asimismo parias JUAN TYNDALL en sus *Fragments of Science for un scientific People*. "El espíritu humano, dice en ellos, se puede comparar á un instrumento músico que contiene cierta serie de tonos, fuera de cuyos límites por una y otra parte existe un infinito espacio de silencio. Los fenómenos de materia y fuerza están dentro de nuestra esfera espiritual; y hasta donde ésta se dilata, queremos ciertamente dirigir nuestra investigación. Pero encima y por bajo y á los lados está sin resolver el gran problema del universo, problema insoluble también para las fuerzas de nuestro espíritu.. Tampoco aquí falta lugar para la poesía y la religión, ó más bien para la imaginación y el sentimiento.."

En gracia de la brevedad pasamos en silencio las demás naciones de Europa. En todas partes se ve que *la filosofía de la experiencia* es el principio y fundamento de la "moderna cultura.."

39. Si ahora volvemos los ojos á Alemania, habremos de conceder que la modesta filosofía de los empiristas y la temeraria filosófica omnisciencia de Haeckel, dominan hoy en toda su extensión la agitada corriente de la actual civilización. Aunque las dos hermanas no dejan de enseñarse mutuamente las uñas, esto no les impide aunar sus fuerzas para arrastrar á la humanidad al abismo. El pensamiento concebido por los sabios que aman la civilización moderna, pasando sucesivamente por todas las capas en que se divide el mundo ilustrado—¿y quién no es hoy día persona ilustrada?—presenta la faz amenazadora de la revolución. La gran masa de los liberales amigos de este género de cultura, los hombres del progreso revolucionario, los órganos de la democracia, los laborantes del socialismo, todos ellos se apoyan en la filosofía del porvenir.

El admitir pues como medida y término de nuestras tendencias, alguna razón no tomada del mundo de los sentidos, es oponerse á esa filosofía; el indagar algo que se aleje de los límites de los sentidos, es romper el hilo de la misma. ¿Para qué cansarse uno pensando en cosas que no se huelen ni se ven, ni nadie toca ni gusta? ¡Viva la ciencia ajustada á la experiencia! Substancia, alma, Dios, inmortalidad: sobre estas cosas sueña cada cual despierto á su antojo; mas persuádase á que en toda su vida conseguirá dar valor real fuera de sí mismo á esos conceptos. Así viene

á expresarse la filosofía de los elementos que ahora se ocupan en destruir, si pudieran, al cristianismo. No es nueva, á la verdad, esta filosofía; ya fué conocida antes del cristianismo,—se lee en el capítulo segundo del libro de la Sabiduría.—San Agustín la describe diciendo: “El hombre carnal arregla su conocimiento á la experiencia sensible. Lo que vé con sus propios ojos, eso es lo que cree; y lo que no vé, no quiere creerlo.. Nueva es, sin embargo, en la fuerza imponente con que hoy día se presenta. Puede gloriarse, considerando que en las clases *ilustradas* se ha concentrado en alto grado el fermento de la disolución, y por consiguiente el odio al Catolicismo; y estos elementos tan abonados para producir horribles catástrofes, precisamente son los que se dejan dominar de fanático entusiasmo por dicha filosofía, mirándola como la mayor conquista en que puede gloriarse el pensamiento moderno. Esta actitud, empero, no sería tan funesta si la tal filosofía no fuese ciertamente en algún modo el resultado del pensamiento moderno. Mas aquí se hace preciso dar una breve ojeada sobre el misterioso laboratorio del “pensamiento nacional,“ para conocer con exactitud las fuerzas que parecen por de fuera.

En la *especulación* alemana, la filosofía de la experiencia, si no oficialmente proclamada, está, sin embargo, trazada y sobre todo ejercitada de hecho. El principio de este siniestro, fué el gran material de incredulidad aportado por Kant á la filosofía. ¿Acaso no es verdadera incredulidad presentar los fenómenos como opuestos al sér en sí, y sostener que en la experiencia y en la ciencia hemos de hacer cuenta únicamente con los fenómenos? La idea de KANT fué desatascar el carro de la filosofía, sacándola de manos del escepticismo á donde la había entregado el empirismo inglés. Por esto no cesó en su crítica hasta que desprendió los fenómenos de las esencias; los primeros creyó él haberlos devuelto á la ciencia humana; mas á las esencias objetivas dejólas caer en un abismo. Esta distinción explica la triste suerte de la moderna filosofía alemana.

Tenemos aquí un dualismo de fenómenos y esencias, según el cual las últimas están ocultas detrás de los fenómenos, y son inaccesibles á una ciencia claramente determinada, sin que á pesar de esto el “fenómeno,“ deba ser considerado como un velo que oculta á “la cosa en sí,“ pues antes es aquello por lo cual la cosa en sí se hace manifiesta. El tránsito del conocimiento sensible al suprasensible, resulta pues cortado por un abismo. KANT, á las cuestiones relativas á la naturaleza de las cosas, les niega todo género de interés, porque sólo podemos nosotros conocer el fenómeno. Bien es cierto que él mismo trata á veces de puntos fundamentales que traspasan los límites de la filosofía fenomenal;

mas el caso es, que gracias á dicha distinción conciliadora, Kant ha dado por una parte lugar á las creaciones fantásticas de los “filósofos alemanes,“ y precedido, por otra, á los pensadores empíricos que tienen por imposible llenar el abismo que se finge entre los fenómenos separados de las esencias, y las esencias separadas de los fenómenos. Bien puede por tanto asegurarse que el principio kantiano sobre el carácter *puramente fenomenal* de todos nuestros conocimientos inmediatos, ha venido á ser la base teórica en que estriban todos los grandes errores modernos. Muchos filósofos de la nueva escuela alemana no hacen tan subjetivo como lo pensó KANT, el carácter del fenómeno, y quieren “un mundo fenomenal puesto objetivamente como miembro causal indispensable, colocado entre la esencia monística de una parte, y los mundos de representaciones subjetivas fenomenales de las múltiples y varias conciencias por otra,“ según se dice en la filosofía de lo inconsciente. De esta suerte se consideran autorizados para descorrer el velo de la “idea que está velada,“ y mostrarnos bajo la envoltura de los fenómenos el *uno-todo*, ó sea “aquella cosa informe y monstruosa que perpetuamente está desapareciendo y volviendo perpetuamente á parecer,“ Esto no obstante, reconocen oficialmente las hendiduras irremediables que separan el fenómeno del sér, y afirman que, en efecto, la llaga sigue abierta. Todos sin embargo profesan la filosofía de los fenómenos. Al paso que proclaman la libertad como principio de la ciencia, y fabrican sistemas á su antojo, todos de igual valor por supuesto, en esto se hallan todos conformes: que acerca del *sér* no se da ningún conocimiento; que el mundo suprasensible es sólo un espectáculo aéreo, bueno únicamente para niños grandes, y que toda investigación formal y toda ciencia cierta y positiva no pueden ir más allá del mundo sensible. No raras veces sin embargo se pasan por completo de su punto de vista indefinido á esa filosofía fenomenal, dando mil vueltas y rodeos, con armas y bagajes. El hecho es tan notorio, que no hay necesidad de comprobarlo con citas ni referencias, entre los pensadores de la escuela de Kant; uno de ellos es las más veces FEDERICO LANGE, el célebre autor de la *Historia del materialismo*, el cual combate el materialismo realístico, para presentarlo luego bajo la forma de criticismo kantiano, como materialismo fenomenal, arrojado en montones de polvo. Aunque por su parte no dejó de discurrir sin miedo en los dominios de la Metafísica, todavía anduvo harto tímido y vacilante en reconocer la posibilidad de discurrir ampliamente en ellos. Con el mismo ánimo y resolución notificó á las gentes como resultado de sus especulaciones, que el mundo es un sueño ó fantasma de su organización física; y de la misma especulación dice, que es “una ar-

quitectónica de conceptos aéreos. Como KANT, LANGE elogia á EPICURO, porque en sus conclusiones nunca pasó de los límites de la experiencia.

“Cosa, dice LANGE, “significa un grupo de fenómenos”¹. Todo lo que excede de la experiencia sensible, todas las “ideas, como Dios, alma, etc., carecen de valor real. “Las ideas, se distinguen de los tejidos del cerebro, en que no se muestran á la superficie en el hombre individuo, sino están fundadas en la disposición natural del hombre”². LANGE se distingue del común de los materialistas en no admitir el empirismo “parcial, como él dice, ó exclusivo, sino el genuino. “Los empiristas exclusivos no observan esta circunstancia: que la apariencia no es una puerta abierta por donde entran las cosas exteriores como ellas son, sino un proceso por medio del cual surgen en nosotros los fenómenos de las cosas”³. Aun esta *puridad* del empirismo de LANGE carece absolutamente de sentido, según los principios más altos del mismo autor, pues es un resultado de la especulación, ó sea de la “tendencia á crear Metafísica, que en frase suya es simple *poesía*. “¿Cómo es posible, pregunta el Dr. GEDDÓN SPICKER, en su opúsculo sobre las relaciones de las ciencias naturales con la Filosofía, que un pensador tan reflexivo é instruido como LANGE pueda sostener acerca de un mismo objeto, y casi á un mismo tiempo, cosas tan contradictorias? Esto se explica porque LANGE, así como todos los pensadores modernos, se agita enteramente en el seno de la filosofía de la experiencia, y á cada paso tiene que sentirse cuán deleznable y tornadizo es el punto de vista que desdichadamente han elegido.

Hay además otros filósofos de la misma escuela que no hacen tanto ruido, los cuales merecen nuestra estima, porque con el asiduo trabajo que dan en su tranquilo estudio, nos proporcionan otro punto de vista desde el cual puede ser juzgada la filosofía de la experiencia. Hablamos de aquellos pensadores, que tratándose del *estéril trabajo titánico de la moderna filosofía*, se abandonan al *escepticismo*, y dejando las regiones del orden suprasensible, dirigen medrosos su ruín navicilla por las aguas de la experiencia.

Entre los muchos pensadores que hay de estos, citaremos únicamente á GRUPPE, que ya por los años de 1855 escribió un libro “sobre el presente y el porvenir de la filosofía en Alemania.” Cree GRUPPE que la historia de la filosofía es la historia del error. To-

¹ *Historia del materialismo* (en alemán), 2.ª ed., pág. 217.

² *Ibid.* pág. 55.

³ *Ibid.* pág. 27.

do sistema filosófico es un mal como cosa concluída y terminada en sí misma, y por lo mismo finita. La misma filosofía debe seguir el método que trazó BACON, el método inductivo, al que debe la ciencia natural sus grandes adelantos. La investigación inductiva no busca los últimos fundamentos de las cosas; tiene esta preeminencia, por la cual está destinada á ser la filosofía del porvenir.

También citaremos á BRENTANO, profesor de filosofía en la Universidad de Viena, el cual, en la lección con que inauguró sus explicaciones algunos años atrás, puso por base de ellas el concepto de la filosofía forjado en la mente de los empiristas, haciendo indicaciones que después amplió en sus obras sobre “la filosofía bajo el punto de vista empírico.”

El punto de vista de BRENTANO resulta claramente del arte con que procura atenuar las causas del desaliento en el terreno de la filosofía. A los que han sufrido vértigos y espasmos en el laberinto filosófico de nuestros días, se les podía ocurrir que debajo del sol no ha existido jamás ninguna filosofía verdadera. Pues á estos se les dirá, sin embargo, por vía de consuelo, que hasta ahora no se *podía* haber empleado racionalmente tal filosofía, pero que el *porvenir* debe traerla y la traerá. Tenemos que considerar las ciencias, atendiendo á su respectivo grado de abstracción, en la escala siguiente: Matemáticas, Física, Química, Fisiología, Psicología, Filosofía; de suerte que cada grado anterior tenga que considerar fenómenos más elementales é independientes, y cada uno de los grados más altos se eleve sobre la base del anterior. Ahora estamos en la Fisiología y en los principios de la Psicología; “lo cual es tan cierto, que la Psicología hoy día en que los progresos de la Fisiología son relativamente pocos, no puede salir del primer momento inicial de su desarrollo, y que antes que llegue su tiempo, prescindiendo de ciertas felices anticipaciones, no se podrá hablar de Psicología propiamente científica.” La Filosofía, al decir de BRENTANO, se había propasado á plantear cuestiones cuya solución es imposible; no se había penetrado bien en muchos casos de los límites del conocimiento posible, y se había dado á construir un sistema para el cual no contaba con la observación y la experiencia. La filosofía del porvenir que BRENTANO nos anuncia, respetará los susodichos límites del conocimiento, que ya han reconocido los sabios naturales como los más exactos, por ser precisamente proporcionados al entendimiento humano. La desgracia que hasta aquí ha tenido la filosofía, y su completa esterilidad en la práctica de la vida, sus transformaciones perpetuamente nuevas y contradictorias entre sí, todo esto nace de estar todavía en mantillas la filosofía genuinamente verdadera, ó más bien, ahora comienza como embrión el primer estadio de su desarrollo.

Tal es el pensamiento de BRENTANO. Este pensamiento encierra algunos átomos de verdad; ¿pues quién puede dudar que la filosofía tiene también por objeto ordenar los conocimientos técnicos que componen la riqueza conquistada con la observación y la experiencia; que debe pedir á las ciencias particulares lo que ella necesita, los principios de la experiencia, y prestarles lo que estas ciencias han menester, el orden y concierto que debe reinar en sus conocimientos, y por consiguiente, que el vasto desarrollo de la empirie ahora floreciente de la filosofía empírica, puede muy bien servir á esta planta baja de la filosofía?

También asentimos de buena gana á las quejas dirigidas contra la filosofía de los "arquitectos de ideas, en Alemania. Estos, en efecto, se habían perdido en la región de las tinieblas, y no comunicaban de modo alguno con la tierra de la realidad. Aquí viene bien pronunciar la palabra *observación*, é invitar á que se proceda de una proposición á otra, de una verdad á otra con rigurosa ilación, dejando para los poetas el mundo de las ilusiones y la caprichosa veleidad que desde que la filosofía se hizo protestante con Kant, viene causando tan funesta influencia. Los filósofos alemanes, que se glorían en su ciencia absoluta, deberían recordar, que no todas las verdades filosóficas pueden ser demostradas como teoremas de geometría, y que hay en filosofía muchos lugares donde el entendimiento, que va como entre la niebla explorando el terreno, con mucha dificultad llega á alguna conclusión satisfactoria sobre el sér de las cosas. Pero si BRENTANO quiere oponer como objeción á *toda* la filosofía conocida hasta aquí, que á los fenómenos no los aprehende ella como simples fenómenos sino según que manifiestan substancias, y que trata de explicar la naturaleza de las cosas por sus fundamentos; si además declara insolubles las cuestiones relativas á las causas, origen, fin y principios constitutivos de las cosas, ¿dejaremos de ver en su doctrina "los colores propios de una escuela?," ¿No tendremos aquí el escepticismo bajo la máscara de filosofía de la experiencia; escepticismo que no quiere saber *nada*, porque no puede saberlo *todo* ?¹

40. La filosofía de la experiencia no sólo recibe bajo su bandera á los que no se sienten con ánimo para las altas especulaciones, sino también en proporción mucho más crecida, toma sus partidarios de las filas del materialismo. Ya de por sí el materia-

¹ *Alii putaverant, dicit egregie LACTANCIO, sciri posse omnia: hi sapientes utique non fuerunt; alii nihil, ne hi quidem sapientes fuerunt, illi quia plus homini dederunt, hi quia minus. ¿Ubi ergo sapientia est? ut neque omnia scire potes, quod est Dei, neque omnia nescire, quod peccidisti. Est enim aliquod medium, quod sit hominis, id est scientia cum ignorantia conjuncta et temperata. Divin. Instit. l. III. c. 6.*

lismo es tan semejante á la filosofía de la experiencia, que casi se confunde con ella. Sería inútil y punto menos que imposible referir los testimonios de los materialistas á este propósito: todos saben, por ejemplo, que L. Feuerbacher, á quien no sin razón tienen muchos por el padre del materialismo moderno, sostuvo que sólo el conocimiento de los sentidos es verdadero, que debemos, por tanto, contentarnos con el mundo de los fenómenos y la percepción de los mismos, y que la química es la metafísica del porvenir; todos saben que un Czolve y un Moleschott dicen torpemente que nada podemos conocer sino lo que son los cuerpos respecto de de nuestro sentidos; que un Büchner opina, que de seguro erramos siempre que queremos ir con el pensamiento más allá de los límites de la experiencia; que un Carlos Vogt fijó asimismo los límites del pensamiento en los de las percepciones de los sentidos; estas y otras sentencias y dichos á este tenor de los modernos racionalistas, son cosas y dichos citados y repetidos hasta la saciedad, y no hay, por tanto, necesidad de recordarlos.

Cierto es que el materialista en rigor se distingue siempre, desde el punto de vista de los *principios*, del filósofo de la experiencia. Porque el materialista, traspasando los límites de la experiencia, dice que no hay Dios ni alma alguna espiritual, y explica *todas las cosas*, ahora diciendo que el mundo es una mutación perpetua é infinita de la materia, ó bien que el mundo todo se resuelve en simple cambio de lugar, esto es, en la nada puesta en movimiento. Las más de las veces, sin embargo, el materialismo y el empirismo hoy día se compenetran y hacen uno. Los representantes de más talento y de más fama del materialismo no vacilan en confesar que nada quieren saber ni saben de fijo sobre la cognoscibilidad del mundo; y si hemos de dar crédito al historiador del materialismo ¹, "la absoluta creencia en el átomo ha desaparecido en nuestros días." No se admite ya que el mundo sea absolutamente tal como le percibimos con los sentidos, sino créese que con "el mundo en sí mismo nada tenemos que ver ²." Atiéñense, pues, á la manifestación sensible del mundo, y todo lo demás queda absolutamente á merced del *escepticismo*. En concediendo el materialismo, que no hay modo de comprender ni explicar el mundo, luego cesa de hecho, por más que retenga su nombre. "No creen ya, dice Lange, que la materia, tal como se ofrece á nuestros sentidos, contenga la solución de todos los enigmas de la naturaleza; bien que partan de aquí, como si eso fuera así, y de aquí no pasan

¹ LAWON, l. c., pág. 105.

² *Ibid.*, pág. 7.

hasta que se vean obligados á sentir de otra manera las ciencias positivas..

¿Qué debe pues hacer todo el que cultiva honestamente la ciencia, al ver que todas las filosofías extracristianas incurren en contradicciones, sino volver los ojos, libre de falaces preocupaciones, á la filosofía *cristiana*, que excluye toda contradicción? Pero á los sabios engreídos con la cultura moderna, cuando se les habla de una filosofía que conduce á Dios, les sucede lo que á los gallos indios cuando ven algún pato colorado. Mayor impresión experimentan ante las dos fuertes columnas de la razón, el principio de contradicción (una cosa no puede ser y no ser á un mismo tiempo), y el de causa (no hay efecto sin causa), á los cuales, por una ceguera inconcebible, rehusan valor universal. ¿Pero qué aprovecharía la investigación científica sin esos principios? ¿A qué quedarían reducidas sin ellos las leyes de la naturaleza, calificadas con tanta prosopopeya de absolutamente invariables? Personas que todo lo atribuyen al acaso, no sin motivo son llamadas por LANGE bestias privilegiadas con derecho á permanecer impasibles delante de los hechos. Ellas, sin embargo, han hallado un efugio en decir, que no hay propiamente ninguna causa, sino "constante sucesión de hechos en el mundo de los fenómenos.", los cuales pueden ser objeto de alguna ciencia, porque "las excepciones son en extremo inverosímiles.. *Hucine tandem omnia reciderunt.*

41. De esta suerte se nos ofrece en los tres últimos siglos el progreso de un movimiento revolucionario. Sublevóse la parte inferior, que no gusta de ser regulada por la superior. Primero sobrevino la protesta contra la potestad de la Iglesia visible, esto es, contra el muro que defiende los altísimos principios del orden sobrenatural. Mas como en el espíritu del siglo xvi todavía era muy estimado el don invisible de la fe, pareció por entonces un temperamento sugerido por la más fina estrategia, el dirigir la protesta en nombre de este sublime don. Pero no bien cayó en tierra la muralla, dirigióse la batería contra los bienes mismos sobrenaturales, diciéndose que la fe estaba de más, que el conocimiento de las cosas había de proceder únicamente de las condiciones, discursos y procedimientos de la razón humana. Y aquí nos encontramos con una diferencia importante entre el pensamiento de los antiguos y el de ahora. La filosofía hoy al uso, descansa esencialmente en la oposición á la revelación y á lo sobrenatural, y así es *racionalista* por todos cuatro costados. La *antigua filosofía*, por el contrario, no conoció tal oposición, antes sostuvo—presupuesto el hecho de una revelación sobrenatural como históricamente verdadero, esto es, probado por la ciencia apologetica,—que en todos los dominios de la verdad reina por com-

pleto la armonía, y por esta razón es ella verdaderamente racional.

Desacreditada para muchos la fe, la corriente del siglo se fué llevando poco á poco el valor de las verdades suprasensibles, y por el contrario, el mundo de la sensación se presentaba en primer término. De esta suerte, resistiendo al orden sobrenatural la ciencia moderna cayó todavía más abajo, convertido en empirismo el racionalismo. Este fué dirigido por Bacon, el anti-Aristóteles, en la más pronunciada oposición al pensamiento de la antigüedad en el orden de la ciencia. La filosofía antigua quiere ver cultivada en esta la observación y experiencia de los sentidos; pero los dominios en que se mueve principalmente, son el orden *suprasensible*.

De Inglaterra fué el movimiento á Francia, donde celebró una de sus más importantes consecuencias la revolución francesa, causando en las naciones un pavor tal, que hubo de suspender temporalmente sus ulteriores y más amplios desarrollos. Hoy en día se jacta de tener por suya una gran parte de los pueblos de Europa, y de ser contada entre los medios más potentes y de mayor influjo. Cien años atrás se llamaba en Francia *filosofía*; hoy en Alemania lleva el nombre de *cultura*, y en España y los demás países toma nombres varios, según son las esferas donde ha establecido su trono.

§. VII

Critica.

42. Si queremos ahora un *juicio científico* de esta filosofía, no olvidemos que toda la razón de su ser, razón con que se escuda, es el empirismo. Así pues, todo lo que digimos antes contra el empirismo, viene á condenar también á la filosofía de la experiencia. Algo, sin embargo, nos parece conveniente añadir para mejor explicar los conceptos enunciados entonces.

La historia pone ante los ojos este hecho: que la filosofía de la experiencia no subsiste sino apoyada en algún sistema, sea el que quiera, de Metafísica. Kuno Fichte, en el tercer libro de su obra sobre Francisco Bacon, ha puesto á muy clara luz, que hasta en nuestro siglo la filosofía de la experiencia ha tenido siempre que abandonar su propio terreno. Ni podía ser otra cosa, atendida la índole natural de la experiencia humana.

"Caminase con el pensamiento," dice Schilling, "discurriendo por lo mismo del lado allá de la experiencia; porque la experiencia

misma, á causa de su dependencia y de las contradicciones que encontramos, nos fuerza á salirnos de sus dominios. Así como la experiencia da muestras de su poder en la ruina de los sistemas cuando no puede ser explicada suficientemente por ellos, así la misma experiencia ha impulsado al entendimiento á salir del terreno de ella, é investigar las razones suprasensibles de que la experiencia misma depende, sin las cuales no puede ser concebida adecuadamente y exenta de contradicciones. El filosofar traspasando los límites de la experiencia es cosa absolutamente necesaria para que nuestro pensamiento acerca de la experiencia llegue á su perfección y reciba su complemento natural. Las reflexiones y desarrollos que en este punto pueden hacerse, deben recaer sobre los datos de la experiencia, eligiendo lo que ella misma indica. Así desaparece en el pensar metafísico toda veleidad y fantasía y capricho; porque gracias á la precisión y firmeza del movimiento progresivo que en todas partes se desea, procede de una investigación exacta. Los diferentes sistemas no son otra cosa que diferentes ensayos de la mente para encontrar el camino—al cual aspiran la experiencia misma y los conceptos encerrados en ella—que es necesario seguir para comprenderla perfectamente ¹.

Así ha sucedido, que la filosofía de la experiencia no ha sabido nunca lo que principalmente ha querido: permanecer dentro de los límites de la experiencia. En este orden, el *espíritu* alemán se ha mostrado inflexible. Júzguese como se quiera de los talentos especulativos de los alemanes, llámeseles enhorabuena "pensadores," ó "soñadores," pero de lo que no puede caber duda es de que tienen inclinación invencible á considerar las cosas en sus fundamentos; y de aquí que las capas sociales, algún tanto ilustradas á despecho de la filosofía de la experiencia, no puedan menos de tener dispuesta alguna "metafísica de la religión," para la dirección de su vida ². A estas tendencias del espíritu sobre el sentido debe también, y señaladamente, su existencia, el gran coro de

¹ Datos para la crítica del materialismo (en alemán). Leipzig, 1867, pág. 57.

² No deja de haber algún vislumbre de verdad en lo que en su *Historia del materialismo* (2.º volumen, pág. 83, en alemán), escribe LANGU diciendo: «En Alemania se puede uno olvidar de la inclinación á la unidad de la patria, pero no de la unidad á que tiende la razón. La obra arquitectónica de la razón le es todavía más cara que la arquitectura que hizo nuestras catedrales de la Edad Media. Así, cuando duerme el genio oficial, surge la libertad activa, y sucede que los químicos y los fisiólogos ocupan las sillas de los metafísicos. Alemania es el único país de la tierra donde el boticario no puede despachar ninguna receta sin conocer de antemano la conexión que media entre lo que va á beber y el estado general del mundo. Este es un rasgo ideal que durante el tiempo en que la filosofía ha estado muerta, nos ha causado á lo menos la controversia con el materialismo, como recuerdo que deben conservar las capas formadas de personas ilustradas y que fácilmente se contentan, de que después de las diarias faenas del trabajo y de la experimentación, hay todo un mundo que el espíritu tiene que reconocer para refrigerarse y embellecerse.»

aquellos cuyo nombre tomó David Strauss para definir la "nueva fe.". Las razones por las que esas "capas ilustradas, hacen filosofía materialista, no las examinaremos aquí: son razones, no del espíritu ciertamente, sino de la carne. Esas masas hacen filosofía, es decir, discurren fuera de los límites de la experiencia, y pueden, por tanto, ser citadas para probar que la llamada filosofía de la experiencia no puede subsistir.

Muy bien habla sobre esto el profesor SCHILLING: "Aunque nuestra época, en general, es refractaria á la filosofía, esto no quita que cierto número de sabios naturalistas, que miran con orgullo como hermoso privilegio el ocuparse en lo exacto y positivo, hayan resucitado el antiguo materialismo. Cuán poca agudeza y energía especulativa se encierra aquí, lo prueba el que la acción de filosofar no es cosa de mero lujo, sino es un movimiento progresivo de la actividad espiritual, necesario, inevitable, en el punto que es excitada la reflexión sobre lo que ha sido dado. En presencia del hecho, considerado como tal, únicamente puede permanecer inmóvil la incapacidad de pensar. El materialismo viene á ser hoy como una excitación del pensamiento filosófico en aquellos círculos científicos que ya estaban enteramente cerrados. Pues así como al materialismo del pasado siglo sucedió la energía filosófica de Kant (?), así también ahora acaso no está lejos el día en que los grandes pensadores consagren de nuevo sus fuerzas con mayores auxilios que antes á la Filosofía ³."

45. A vista de lo que se acaba de oír sobre la filosofía de la experiencia, debe causar asombro la frescura con que algunos sabios de ayer, fijándose en la tendencia actual de la ciencia de la experiencia hacia la filosofía, recomiendan la filosofía de la experiencia como la única verdadera; lo cual es como si á uno que estuviera encerrado en tenebrosa cueva, y que anhelase á la luz del sol, se le dijese que la única luz verdadera es la de su pobre lámpara.

¿Acaso la puerta á donde ahora llaman las ciencias de observación después de la tormenta, es la puerta de una filosofía que saca todos sus conocimientos de las ciencias particulares de observación? ¿Qué es lo que buscan los sabios naturalistas? Sin duda preguntan por los conceptos de causa y efecto, de fin, y de cosa donde se encuentra, de materia y de fuerza, de fenómeno y de substancia: preguntan por el principio del mundo, por la naturaleza y origen de la vida, por la substancia del alma, por el destino de la humana existencia. No son cuestiones estas que hayan de resolverse por medio de la experiencia, clasificando nuevos fenóme-

³ Loc. cit., pág. 55.

nos. El que acerca de ellas desee alguna solución, no invocará las fuerzas intelectuales dedicadas á comprobar y agrupar los hechos aprehendidos por la sensibilidad externa y la interna, á considerarlos como casos particulares de una ley universal, y á reconocer lo que hay de común en los fenómenos; sino acudir á las fuerzas con que el entendimiento va más allá de los sentidos, y se llega al conocimiento de las cosas, no sólo en lo que éstas dicen de sí á los sentidos, sino también y principalmente como seres reales que son, considerados en su respectiva esencia; todo lo cual se sustrae á las percepciones sensitivas. A esta filosofía se podía únicamente referir Strauss en el pasaje siguiente: "Los más finos y delicados instrumentos con que opera á cada instante el sabio investigador; los conceptos de fuerza y de materia, de esencia y de fenómeno, de causa y efecto, etc., sólo se los puede dar rectamente la *Filosofía* en concepto de *Metafísica*, y enseñárselos á usar bajo el nombre de *Lógica*; el hilo de Ariadna de que ha menester en este laberinto de observaciones que cada día se vienen multiplicando, sólo puede esperarlo y recibirlo de manos de la *Filosofía*: sobre las últimas cuestiones, empero, de principio y de fin, de límite y de infinito, del destino del mundo, sólo la filosofía le puede comunicar aquellas luces que es posible alcanzar en estas regiones".

Lo que el humano entendimiento pide, es una explicación *metafísica*, la cual supone el estudio de la física, agrandándola y profundizándola. Aunque todo lo que en la naturaleza acontece, desde el movimiento de una esfera hasta la función más elevada de un ser viviente, pudiera ser explicado físicamente, todavía esta explicación física debería tender á la explicación más alta de la metafísica, que así da razón de la caída de la piedra como de la vida sensitiva del animal. Todo lo que para el sabio que considera los fenómenos de la naturaleza resulta absolutamente inexplicable, supone una acción en la cual está fundado el orden de las cosas físicas, acción cuya naturaleza es enteramente diversa de ellas. Allí pues donde concluye la Física, comienza la Metafísica.

¿Qué puede responder el filósofo que no pasa de los simples fenómenos, á quien desee saber donde descansa todo el conjunto de entidades del mundo fenomenal? ¿Y á qué fin se encamina toda esta sucesión de cosas? ¿Y por qué el hombre, con toda la riqueza y excelencia de los dones que posee, parece también sobre la superficie del mundo por unos pocos días, para luego ser como la ola

1 *La antigua y la nueva fe* (en alemán), pág. 214.

del mar que se abisma en su seno? ¿Qué quiere el tal filósofo decir cuando duda de la veracidad de su conocimiento, único vínculo que le pone en comunicación con el mundo de los fenómenos? Por grandes que sean los progresos de la física (tomada en el sentido más general de esta palabra), dice con razón Schopenhauer¹, no por esto se habrá dado ni aun el más pequeño paso en Metafísica, bien así como una superficie que por más que se prolongue indefinidamente, jamás llega á adquirir el volumen de un cubo. Porque tales progresos aumentan y perfeccionan el conocimiento de los fenómenos, y la Metafísica va más allá de los fenómenos, planteando acerca de las cosas visibles las cuestiones: ¿Qué cosas son? ¿En qué se fundan? ¿A dónde van? Cuando para resolver estas cuestiones acudiese la experiencia con toda la riqueza de datos que puede adquirir, todavía, añade el mismo autor, no produciría su concurso ventaja alguna de importancia. Cierta, aunque alguno hubiera visitado todos los planetas y estrellas fijas, con tanto viajar ni un solo paso habría dado en el campo de la Metafísica. Los mismos adelantos de la Física hacen que se sienta, en la misma proporción que ellos, la necesidad de la Metafísica; porque el conocimiento exacto, vasto y profundo de la naturaleza, pone más en relieve el problema de la Metafísica, y cuanto más plenamente y con mayor precisión es conocido el ser de las cosas particulares, tanto es mayor la necesidad de explicar el sistema que forman y las razones universales de ellas; pues todo esto, á medida que es mejor conocido experimentalmente, se presenta más rodeado de misterios.

46. Es asimismo digno de ser notado, que esta filosofía de los fenómenos es la ruina del *orden moral y jurídico*: verdad que, por ser tan cierta y conocida, no exige en este lugar sino una sola palabra. No hay filósofo ninguno de alguna entidad que deje de reconocer la importancia de la Ética. Como las plantas á producir flores y frutos, así toda filosofía, *volens volens*, viene á parar en la Ética. Ni aun los que discurren exclusivamente en el terreno de la experiencia, se exceptúan de esta ley. HERIBERTO SPENCER, en el último volumen de su *Sistema de Filosofía empírica* trata de la Ética. He aquí lo que dice en el prefacio del mismo: "A esta última parte de mi plan vengo en gracia de aquellos para quienes todo lo dicho en las anteriores sólo debe servir de preparación... Desde el principio de sus discursos, el fin último, el fundamento de todas las aspiraciones, lo ha puesto él en "hallar una base científica para el *bien* y el *mal* en las acciones humanas..."

1 *El mundo como voluntad y representación* (en alemán) II, pág. 197.

Temiendo verse acaso embarazado en la ejecución de su "obra definitiva", quiso componerla al menos en boceto; porque "establecer sobre base científica las leyes del bien obrar se ha hecho una necesidad apremiante.", Expresándose sin rodeos, confiesa pues, que el postulado de la institución de una Etica científica ocupa el *primer* lugar entre las tendencias de la cultura.

Pero no menos imposible es fundar la Etica sobre el conocimiento de los sentidos, que moverse un palacio de mármol por movediza arena. Sería esa Etica á lo más una Etica utilitaria, tal como se concibe entre tigres y raposas, ó mejor entre aquellos animales que hubo de guardar el hijo pródigo, los cuales, conforme á lo que sus sentidos aprehenden, así se determinan al bien que les conviene. Entre animales irracionales, es posible esa Etica, que no entre criaturas racionales. Porque los primeros, gracias al instinto, no se salen del camino que les está trazado, según conviene á la continuación de sus respectivas especies; mas la "bestia humana de dos piés", (así Schopenhauer) carece de semejante freno: como dueño de sus conocimientos y apetitos puede sacar de sus modos naturales la satisfacción de los sentidos, y proponérsela sin limitación alguna por objeto de sus tendencias. ¿Qué fundamento puede idearse en la esfera de la mera sensibilidad, capaz de determinar al hombre, no ya sólo aparentemente, y en este ó aquel caso, sino en la realidad y en todos los casos, á reconocer aquellos límites que sólo de alguna manera se respetan, fijándolos la ley moral? "La conducta moralmente desarrollada, dice Spencer, es una conformidad con los fines que no sólo favorecen la prolongación de la vida, pero también aumentan el fondo ó contenido de ella.", Esto lo escribe un hombre á quien la filosofía empírica cuenta entre sus mayores lumbreras. ¡Qué bribón habrá que no pueda favorecer la continuación de la vida y aumentar el contenido de ella! Acción buena, dice Spencer, "es aquella que á un mismo tiempo procura la mayor suma de vida para el individuo, para su descendencia y para los demás hombres.", "El bien es en general lo que agrada.", Más extensamente expone sus ideas bajo el concepto de que nuestras representaciones acerca del bien y del mal "preceden de la conciencia que tenemos ó con que nos parece ver que nuestras acciones serán para nosotros causa de contento ó de pena.", Toda esta moral es esencialmente eudemonística: la representación de un perfecto bienestar es siempre lo que determina en ella, la acción buena. La vida moral no es otra cosa sino una serie de conflictos entre el egoísmo y el "altruismo"; esto es, entre las aspiraciones del yo á ser feliz, y las del resto de los hombres. El hombre moral se conoce en que sus funciones todas son ejecutadas precisamente de tal modo, que se ajustan respec-

tivamente á las condiciones de la existencia. Oficio es pues de la Etica exponer aquellas formas de la acción que sean convenientes al estado social del hombre. Esta conscrvación social de sí mismo no es, sin embargo, el fin último. Porque este fin consiste más bien en lo que reclama la vida individual y el propio bienestar, el cual se efectúa mejor mediante las exigencias de los intereses sociales. No se hable aquí de forma ninguna imperativa. Ninguna ley moral se opone á los impulsos é inclinaciones al propio bien. Nunca se ha de someter el yo á una ley que ordene y mande incondicionalmente sin respeto al bien ó al sufrimiento del mismo yo: los intereses del yo son la suprema ley moral.

Spencer no quiere, sin embargo, que sea su Etica fiel expresión de la cruda filosofía del interés, profesada por el materialismo, sino la de cierto utilitarismo elevado que establezca por condición del bien superior del hombre la aspiración al ideal. ¡Bien ideal! Bonita palabra; mas ¿qué significa esta palabra en labios de Spencer? ¿Por ventura, una imagen vana, un sueño apacible, una linda poesía que desde el mundo suprasensible, ó "desconocido", nos envía los rayos de su luz? No por cierto; todo esto sería pura ilusión, y SPENCER no quiere en este punto tener por imbeciles á sus lectores. SPENCER tiene un ideal, y este ideal consiste en un bello y lejano porvenir, ó sea en aquel orden ó sistema de vida que debe observar el hombre cuando haya llegado al último grado de su desarrollo, en una sociedad asimismo desarrollada en grado altísimo.

Con estas frases de la filosofía spenceriana resulta suficientemente caracterizada la obra encomendada á la filosofía empírica en orden á la moral. Nosotros pedimos en este orden una fábrica inmóvil, y esta filosofía solo dispone de dos pajitas; nosotros exigimos la explicación de los impulsos que en razón de hechos presupone la Etica, y esta filosofía los pasa buenamente en silencio; nosotros queremos una base sólida, donde el débil hombre pueda mantenerse á la altura de su dignidad, y para esta filosofía no hay otra base sólida que el fango y la inmundicia; nosotros demandamos un ideal y juntamente un fundamento real de los deberes morales, y esta filosofía nos presenta como tal la más acabada forma terrenal del bienestar sensible ó animal; nosotros finalmente, queremos una Etica que sea fuente y auxiliar eficaz del bien social, y esta filosofía sólo nos puede dar, disfrizada con elegancia, la Etica del más refinado egoísmo.

No es necesario ampliar esta impugnación. Sin embargo, como cosa curiosa, se le puede añadir que entre los filósofos empíricos no ha faltado quien de esta pseudo-filosofía precisamente, y por lo mismo de aquel poder que trae consigo la secularización siempre